

sorprendentes, y que es así como ha pasado al sector de los adolescentes apasionados de la música, por la vía de los jazzistas drogadictos, el lenguaje de los narcómanos. Con ello, algunos miembros de la cultura dominante se convierten en (o adquieren la apariencia de) “desviados” vicarios. Esta última noción, aún confusa en la réplica de Maurer, convendría explorarla mejor, en sentido sociopatológico.

Sin embargo, los procesos de polarización que por un lado unifican a las lenguas, por el otro las *diversifican* incluso más allá del extremo ilustrado por Maurer, y *diversifican*, también, a las sociedades. Esto puede verse en la comunicación que presentó K. Rain, de la Universidad de Munich, en la que se refirió a ciertos grupos religiosos minoritarios a los que se les puede considerar como comunidades en las que ha avanzado mucho la diversificación lingüística.

Rein recogió sus observaciones en el seno de tres grupos anabaptistas: los *Schweirischen Brüder* o “mennonitas suizos”, los *Hutterischen Brüder* o huteritas de las Dakotas, de Canadá y de Paraguay, y las comunidades Amana de Iowa. Se trata de grupos de tendencia conservadora pero que, a pesar de todo, han sufrido y no han podido evitar toda clase de interferencias sociolingüísticas en su peregrinación de Alemania del Sur, Austria y Suiza, a través de Francia, Galicia-Volinia, Eslovaquia, Transilvania, Ucrania y Estados Unidos de América.

Los estudios de Rein en una *Brüderhof* (o colonia), le revelaron principalmente la diferenciación lingüística interna, de correlato social, de esas unidades relativamente pequeñas. Encontró ahí: un dialecto básico de uso muy amplio, un *huterita* estándar, un idioma propio de la predicación, un dialecto del inglés y un *neuhochdeutsche* escrito, usados, el uno, principalmente, por las mujeres y los niños; el otro, por los hombres; el tercero, en la predicación; el cuarto, en las relaciones de la comunidad con el exterior y el último, en la comunicación epistolar de sus miembros.

Es indudable que, a través de éstas y otras contribuciones hechas a la sección de sociolingüística del Décimo Congreso Internacional de Sociología, comenzará a vislumbrarse si no la imagen sí la silueta de lo que puede llegar a ser esta nascente interdisciplina.

Marius Sala: *Estudios sobre el Judeoespañol de Bucarest*. Traducción de Flora Button Burlá. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1970, 193 pp.

Marius Sala es un lingüista rumano, discípulo del eminente romanista doctor Iorgu Iordan. En seguimiento del maestro, el discípulo inició una carrera que le ha llevado a un sitio destacado dentro de la comunidad académica rumana. Su labor como secretario del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, reunido en Bucarest en 1967, permitió que muchos lingüistas del mundo conocieran a ese joven estudioso cuyos méritos habían anticipado gracias a sus aportaciones al conocimiento del judeoespañol. El doctor Juan Manuel Lope Blanch, de la Universidad Nacional de México, invitó tanto al doctor Iordan como el doctor Sala a que visitaran nuestro país y pidió la autorización del último para reunir y publicar, en español, los resultados de su estudio —acucioso y largo— sobre el judeoespañol de Bucarest. De ahí procede esta obrita que como un todo atrae la atención particular de los hispanistas, la específica de los romanistas, la genérica de los lingüistas, y que en algunas de sus porciones —al menos— se impone al examen del sociolingüista.

En efecto, aquí la materia y el producto lingüísticos se refieren continuamente a lo social, particularmente, en las observaciones —algunas ya admitidas y sólo sistematizadas otras de la aportación personal de Sala— sobre la desaparición de las lenguas y sobre la organización de una norma lingüística, tal y como una y otra se manifiestan en el caso del judeoespañol. De las otras porciones del libro, unas muestran en general y otras en concreto: 1) la forma en que una lengua románica (el rumano) contribuye —en la coexistencia y competencia con ella— a la desaparición de otra (el judeoespañol) y 2) la manera en que la cercanía y el intercambio favorecen la inclusión de elementos de otras lenguas (balcánicas, en el caso) dentro de la lengua (sefardí) que ahí se estudia. Por otra parte, si bien en ella el estudio de los refranes judeoespañoles se hace con propósito lingüístico, su registro permite que el lector capte el clima espiritual y el temperamento social de sus hablantes. Las aportaciones sobre el valor que tiene la parte inicial de las palabras y sobre el que corresponde a los factores internos y externos de la fonética

judeoespañola revelan, a su vez, la capacidad lingüística —central— del autor.

En un sitio como éste, apenas si podemos recoger algunas de las consideraciones sociológicas que hace Sala o que de ellas pueden derivar. Así, recogeremos aquí la preciosa declaración formal con la que abre sus páginas, y según la cual:

La lengua en cuanto fenómeno social, sólo aparece en sociedad y para cubrir las necesidades de ésta; por lo que el lingüista debe estudiar ambos fenómenos, uno en función del otro (9).

Para poder estudiar las relaciones dialécticas entre el uso del judeoespañol en Rumania y la dinámica propia de la sociedad rumana, Sala evoca ciertos antecedentes: los de quienes, en su país, le precedieron en ese campo y —también— los de quienes estudiaron cómo desaparece una lengua (según ocurrió con Coteanu y Graur).

Coteanu distinguió diversas formas de desaparición de una lengua: 1) la que se produce al desaparecer la sociedad que la emplea, 2) la que resulta de su transformación en otra u otras lenguas y 3) la que proviene de su abandono por quienes la hablan. La desaparición del judeoespañol en Rumania corresponde, según Sala, a la tercera de estas modalidades.

En concreto, muestra que en el siglo XVI, tras el edicto de expulsión de los judíos de España, éstos emigraron primero a Portugal y África del Norte, y después —invitados por el Sultán— al Imperio Otomano. Este se benefició, así, con la civilización más avanzada del siglo (o sea la española), llevada a él por esos sefardíes que comerciaban, que fabricaban pólvora, que imprimieron el primer libro que se publicó en él, y que sirvieron de médicos y de intérpretes prestigiosos.

Hacia el siglo XVII pasaba ya la época en que la civilización aportada por ellos había dado prestigio a su idioma hasta el grado de hacer que otros judíos que habitaban en el Imperio y que hablaban otras lenguas (italiana, griega o alemana) llegaran a adoptarlo. Ya desde entonces, desde que empezó a convertirse en una *koíné*, el idioma se corrompió y se debilitó progresivamente, en particular en su modalidad oral.

En ese siglo, al surgir elementos capitalistas turcos y griegos, comenzaba a decaer su prestigio, y los sefarditas, para resistir la presión de las burguesías emergentes, tuvieron

que asimilarse. La resistencia fue tanto más difícil cuanto que ya habían cesado los vínculos con España.

A partir del momento en que el judeoespañol empieza a tener menor valor social relativo; en cuanto es menos funcional como medio de comunicación, se usa menos, pierde prestigio y no sólo dejan de aprenderlo quienes no lo conocen sino que dejan de usarlo muchos de los que lo conocen.

Hay un conjunto de factores que confluyen y cuyos efectos se acumulan: los jóvenes pierden el sentimiento religioso y —al perderlo— rechazan el idioma que se asocia a la religión en las sinagogas; las escuelas *mel-dares* —en las que se enseñaba el ladino— se cierran y son sustituidas por otras en donde se aprende y usa la lengua nacional; el comercio y el servicio militar difunden esa misma lengua nacional, particularmente a partir del momento en que se desintegran los imperios austrohúngaro y otomano, en que despiertan las nacionalidades y en que se levantan barreras aduanales donde previamente no las había; en que se impide o se dificulta un intercambio comercial y lingüístico que antes era fluido y que se realizaba entre Salónica y Sofía; entre Bucarest y Constantinopla.

En la lengua escrita hay flujos y reflujos. La declinación del judeoespañol se marca: 1) por la aparición de periódicos sefarditas escritos en rumano; 2) por la disminución en el número de libros y periódicos escritos en ladino; 3) por la desaparición de la escritura *rashi* (adaptación de los caracteres hebreos) y su sustitución por el abecedario. Hay algunos intentos para evitar esa desaparición; los hacen “los intelectuales sefardíes que quieren contribuir a la emancipación social y cultural de las masas sefardíes”; quienes piensan que —para ello— “deben emplear el judeoespañol”; pero cuando la “Voz de Oriente” trata de apegarse a ese programa y —en especial— de utilizar un idioma depurado, encuentra que la mayoría no entiende muchas de las voces que emplea y que, para hacerlas inteligibles, tiene que traducirlas al turco.

Es una época en que los cultismos o se toman del italiano o del francés, pero nunca del español moderno; en que, por falta de una norma generalizada, las diferencias en el seno de la comunidad hablante aumentan; en que —a consecuencia de ello— la lengua se reduce al ámbito familiar; en que su uso se considera poco elegante, particularmente

entre los jóvenes que lo dejan de emplear en público. En el ambiente rumano, en particular, la semejanza con el idioma nacional hace que los sefardíes “pierdan la sensación de que hablan un lenguaje sagrado y secreto”.

Sala comenta cómo, en general, cuando desaparece una lengua, las causas externas suelen ser más importantes en las primeras fases, mientras que en las últimas las internas son decisivas. Específicamente, indica que una lengua muere sin volverse mixta cuando, debido a su aislamiento, desarrolla ciertas peculiaridades nuevas y conserva ciertos rasgos antiguos que, por no evolucionar, se convierten en arcaísmos. En el caso particular del judeoespañol, algunas de sus innovaciones están en la línea de evolución del español, en tanto otras son producto de influencias externas. En términos muy amplios, el hispanista rumano indica que el judeoespañol ha permanecido esencialmente español, pero que al transcurrir el tiempo se ha acentuado su carácter popular.

Sala evoca los cinco criterios que Coeteanu estableció para el estudio del contacto de lenguas: la duración, el carácter bi o multilateral del mismo, las diferencias correlativas de cultura y civilización de los hablantes, la posición geográfica (central o periférica) de la población, y la política lingüística. El agrega a éstos uno más: la intensidad y naturaleza del contacto.

En el caso del judeoespañol, el contacto fue breve; las relaciones, multilaterales (con varias lenguas); las diferencias culturales importantes (pero variables, en el tiempo); la posición, periférica. La política lingüística no fue presionante en un principio, pero acabó por presionar a los sefardíes para que abandonaran su idioma, al surgir las burguesías nacionales.

El hecho de que los matrimonios se realizaran casi exclusivamente dentro de la comunidad sefardita y de que los hombres fueran los únicos en mantener contacto con el resto de la sociedad permitió que el idioma fuera preservado durante un tiempo hasta que, al aparecer los matrimonios mixtos y liberarse la mujer, dejaron de operar esas fuerzas conservadoras.

La historia del judeoespañol —como la de otras lenguas— apoya la teoría de Graur, pues ni él ni ninguna otra lengua han desaparecido simultáneamente para todos sus hablantes. Los hablantes del judeoespañol han disminuido muy considerablemente (en particular después de la segunda gran guerra),

pero no han desaparecido. Así, Sala pudo hacer una encuesta entre quienes hablaban el idioma en Bucarest y descubrió que ellos tienen conciencia de que hablan dos lenguas, con lo que se acelera el abandono (que se hubiera retardado en caso de haber mezclado su lengua).

Con respecto a la organización de una norma judeoespañola, Sala subraya la importancia que tuvo el que los sefardíes se establecieron en varias ciudades, se aislaron en grupos y cultivaran exclusivamente el dialecto de su región de procedencia (en sinagogas especiales); pero también indica cómo, lentamente, se vieron obligados a subsumir la diversidad dialectal dentro de una *koiné* que contribuyó a diferenciar al judeoespañol del español peninsular, y a hacer de él algo que en ciertos aspectos se parece al español americano.

En otro de sus estudios (“Arcaísmos e innovaciones en el léxico del español americano”. *Studii de Hispanistica* 4. Societatea Romana de Linguistica Romanica. Bucaresti, 1970), Sala ha sido más explícito en sus comparaciones entre el judeoespañol, el español peninsular y el español americano. En ese estudio ha introducido ya, una distinción entre el vocabulario activo y el vocabulario pasivo y, a base de ella, ha mostrado cómo: 1) el español peninsular innova en el activo y tiene arcaísmos en el pasivo; 2) el judeoespañol tiene arcaísmos en el activo y relega al pasivo las innovaciones y 3) el español americano (el de toda América hispana) tiene arcaísmos e innovaciones en su pasivo.

Cuando se debilitó la vieja norma peninsular, comenzó a emerger una nueva, con innovaciones y arcaísmos, pero el judeoespañol se mantuvo (y aún se mantiene) dentro de los límites hispánicos. Los cambios se produjeron principalmente en materia fonológica y léxica; en la simplificación fonológica; en el enriquecimiento léxico a partir de fuentes hispánicas (catalanas y portuguesas) y no hispánicas (turcas, griegas).

La fonología se simplificó: a) con el yeísmo (iave = llave) b) con la desaparición de la diferencia entre la sibilante africana y la fricativa (que el centro de la península restaura como diferencia entre dental y alveolar); c) con el cierre de e en i y de o en u; d) con la confusión de r y rr en Bucarest (“periferia de la periferia hispánica”), debido al poco rendimiento funcional de la distinción, así como e) con la sustitución de ñ por ni. Como él dice, son todas innovaciones

“profundamente hispánicas aun cuando se manifiesten sólo donde la norma literaria y la tradición conservadora se han debilitado”

También penetran en la norma judeoespañola ciertas peculiaridades dialectales que son rechazadas por la norma española, como: a) la conservación de la f inicial leonesa y aragonesa (fambri = hambre) y b) la conservación de la b etimológica tras m (lamber = lamer) y de la n ante s (lonso = el oso).

La norma judeoespañola se parece a la americana del español, pero, a diferencia de ella no se subordina a la peninsular y por eso conserva algunos rasgos arcaicos, como la distinción entre sonoras y sordas (en el caso de las sibilantes) que desapareció en España después de la expulsión.

Como la nueva norma no es muy fuerte, las variantes se multiplican conforme el proceso de descomposición avanza.

En el sector léxico, Sala hace una observación que nos parece de enorme importancia sociocultural. Observa —así— que en judeoespañol ocurre algo análogo a lo que se observa en español: muchos términos que denominan objetos, conceptos militares, elementos de la organización civil, plantas exóticas, objetos de lujo oriental, provienen del árabe en el caso del español peninsular. En el judeoespañol, los términos respectivos provienen del turco; así, por ejemplo, el judeoespañol no dice sandía sino karpus: no albaricoque sino kaisf. La observación nos parece importante porque muestra: 1) por el lado sociológico, cuáles fueron los sectores vulnerables de la cultura española en la época del contacto y, 2) por el lado lingüístico, cuáles fueron los sectores débiles (en cuanto más laxamente integrados con el resto de las estructuras lingüísticas castellanas) en el castellano de ese tiempo.

El libro de Marius Sala es —a no dudarlo— una aportación valiosísima al conocimiento lingüístico y sociológico de la población sefardita de los Balcanes. El esfuerzo de Lope Blanch al patrocinarlo y hacerlo publicar en español es muy plausible. Ojalá y llegue a convertirse éste en el primero de una serie de pasos para un acercamiento cultural creciente entre Rumania (que se ocupa de modo constante, intenso y distinguible en la lengua y la cultura del mundo hispanoparlante) y México, Hispanoamérica, España misma, que siguen atendiendo poco a ese vástago lejano de su mismo tronco latino, a ese idioma y ese pueblo destinados a realizar aún grandes empresas, en cuanto el rumano

es lengua de artistas (como Eminescu, Sadoveanu, Arghesi y otros, y de científicos y técnicos contemporáneos cuya nómina sería difícil de establecer); lengua que se capacita cada vez mejor para expresar las realidades nuevas, al tiempo que afirma y acendra —como lo hizo conscientemente en el siglo XIX— su prosapia románica, mientras que el rumano es pueblo que —dentro de las limitaciones de la hora— busca universalizarse como los romanos de otro tiempo.

Oscar Uribe Villegas

“Language and Society”. *Proceedings of the Ninth International Congress of Linguists*. Edited by Horace G. Lunt. Mouton & Co. London. The Hague-Paris, 1964, pp. 1100-1134.

La sección consagrada por el Noveno Congreso Internacional de Lingüistas al “Lenguaje y la Sociedad” comprende los trabajos de la señora Millicent R. Ayoub, de W. Bright y A. K. Ramanujan, de J. Gumperz, de O. Lamtziid y de A. Read acerca de la bipolaridad de los términos árabes de parentesco, las relaciones entre las variaciones sociolingüísticas y los cambios lingüísticos, los desplazamientos de código hindí-punjabí en Nueva Delhi, la continuidad lingüística y etnográfica de los griegos del Ponto Euxino, y la escisión y coalescencia de lenguas de gran amplitud social, a los que haremos referencia en forma breve, pero siguiendo un orden que consideramos preferible.

Allen Walker Read señala que, contra lo que podría pensarse, la dispersión de los hablantes de una lengua, sobre territorio mayor que el originario, no tiene por qué conducir necesariamente a una fragmentación lingüística; que ésta no se produce, de necesidad, ni siquiera en aquellos casos en los cuales se rebasan las fronteras estatales.

En efecto, conforme él señala, son tres los resultados posibles de una dispersión demográfica pues: o 1) se fragmenta la lengua, cuyos hablantes se dispersan y se forman —a partir de los dialectos resultantes— nuevas lenguas, o 2) se retiene la unidad, pero a costa de la aparición de divisiones tajantes no longitudinales sino transversales, entre el uso literario y el coloquial, o 3) se forma una *koiné*.

Mientras gran número de lingüistas se han ocupado y se ocupan sobre todo de la fragmentación y la divergencia lingüísticas,